

El 14 de Setiembre, M. Bertin, radactor en jefe del *Diario de los Debates*, murió en Paris de edad de 74 años.

El 3 de Octubre, Enrique V, príncipe de Monaco, murió en Paris.

En fin, el 12 de Diciembre, M. de Frayssinous, obispo de Hermópolis, murió en Paris de edad de 78 años.

CAPÍTULO XXI.

COMENZÓ el año de 1842, conteniendo la caída del trono de Julio, encerrada en los gérmenes de dos acontecimientos que debía ver realizar.

La repulsa de las capacidades electorales.

Y la muerte del duque de Orleans.

Y sin embargo, al principio de este año se decia en alta

VOZ:

La tranquilidad y el porvenir están asegurados: todo ha vuelto al orden en el interior y el exterior; la paz del mundo no es ya turbada por ninguna gran cuestion política; los soberanos se ocupan en reducir sus armamentos, y cada pais en multiplicar los medios rápidos de comunicacion destinados á estrechar, para el porvenir, los lazos de los pueblos entre sí.

Inmediatamente que la proposicion fué discutida y votada, M. Ganneron presentó su proyecto de ley sobre incompatibilidades.

Ciento noventa bolas blancas estuvieron por tomarla en consideracion, y noventa y ocho negras por la repulsa.

La ley fué, pues, rechazada; pero como se ve, solamente por la mayoría de ocho votos.

Inmediatamente despues, vino la proposicion Ducos sobre las capacidades.

Era sencilla, clara y concisa, como deberia ser toda proposicion de ley.

Hela aquí:

“Son electores todos los ciudadanos inscritos en la lista departamental del jury. (1)

“Son igualmente electores todos los ciudadanos que no hubieren sido inscritos en esta lista por causa de incompatibilidad, resultante del artículo 383 del código de instruccion criminal.”

No obstante, un magnífico discurso de Lamartine, por el cual pasaba del campo de los conservadores al campo de los progresistas, la proposicion fué rechazada por una mayoría de cuarenta y una bolas negras.

Toda la cuestion de la reforma electoral quedó concentrada en la repulsa.

Pero al fin estalló en 1848.

El 18 de Junio, dia mismo en que el presupuesto de cargos habia sido adoptado por la cámara por mayoría de ciento veinte votos contra nueve, fué dada la orden de clausura y la asamblea de 1839 acabó su periodo de tres años de existencia.

¿Qué habia hecho, en realidad, durante estos tres años?

Habia guardado el mayor silencio sobre la cuestion de

(1) *Comision de jurados.*

Oriente, se habia adherido á la política que se seguia y se habia, una sola vez sobre la cuestion del derecho de visita, declarado la intérprete de las repugnancias del pais. En fin, falta enorme, y que, como lo hemos dicho, minaba todo el edificio monárquico tan penosamente levantado por el rey, habia rechazado la ley sobre incompatibilidades de M. Ganneron, y la ley de capacidades de M. Ducos.

El solo resultado grave y material de esta sesion fué la ley sobre caminos de fierro. Esa ley que no alcanza á ninguno de los partidos, discutida sin éxito en las sesiones precedentes, larga é inútilmente discutida por la cámara de diputados y votada rápida y casi confiadamente por la cámara de los pares.

De esta manera, ignorante de lo que hacia, ciega en sus decisiones, la sesion de 1839 á 1842 preparaba la catástrofe de 1848 por la repulsa de dos leyes, y establecia por una tercera, esa fácil comunicacion de los individuos, que hace universal y rápida como el telégrafo eléctrico la comunicacion de las ideas.

Que el enrejado de los caminos de fierro que debe, á un momento dado, surcar la Europa, sea establecido; que se vaya de una capital á otra en tres dias; que treinta años de comunicaciones materiales y morales pongan en contacto á todos los hombres y acrezcan las ideas, y ya no habrá guerra europea posible.

El mes de Mayo trajo consigo dos catástrofes terribles. El incendio de Hamburgo y el accidente del camino de fierro del Havre.

En cuanto al incendio de Hamburgo, copiamos una carta que contiene todos los pormenores de este terrible acontecimiento, predicho, cosa singular, desde en tiempo de la guerra de la independenciam por Max Schenkendorf.

—“Que las llamas te devoren, ¡oh Hamburgo! Rica y hermosa como el Fenix resucitarás de tus cenizas á tu mas grande gloria!”

Mientras Hamburgo resucita mas hermosa y á su mas grande gloria está enteramente destruida.

“Hamburgo, Mayo 9.

“Señor:

“No es sino hasta hoy cuando os voy á dar conocimiento del fatal incendio que ha reducido á cenizas una parte de nuestra ciudad. Todas las imprentas de la prensa cotidiana han sido presa de las llamas ó están inservibles. Al presente todos los redactores de diarios de Hamburgo, dan una relacion circunstanciada del azote que nos ha herido; pero han tenido necesidad para espedirla, de recurrir á los diarios de las ciudades vecinas. Estos diarios, bien informados, han circulado sin embargo bien poco, y por otra parte las noticias comunicadas al extranjero por los hamburgueses dispersos é impresionados por ese gran desastre, no son siempre esactas. Yo os habria hablado con mas anticipacion de este triste suceso, que interesa á la Europa entera, si el incendio, que no ha cesado sino hasta ante ayer, me lo hubiera permitido. El incendio ha estallado en la noche del 4 á 8 de Mayo en la parte de la ciudad situada cerca del puerto de Austadt, llena de almacenes y cuyos accesos son poco fáciles.

“Las casas, la mayor parte de madera, y la gran cantidad de espíritus y materias combustibles, han ayudado á propagarlo. El viento del Oeste que ha soplado constantemente, ha venido á activarlo aun mas, y nada en el mundo podia preservar á las dos parroquias de la ciudad de una destruccion completa. En estas dos parroquias se encuentran reunidos una gran parte de edificios públicos y de la industria mas floreciente, las iglesias célebres por su antigüedad, el Hotel-de-Ville y la Lonja. Bien pronto se tiene la conviccion de que es imposible el apagar el fuego á pesar de todas las medidas tomadas al efecto. Entonces decidieron echar

abajo las casas mas inmediatas á la hornalla del incendio para aislarla de los otros cuarteles.

“Las bombas se dirigieron sobre las casas situadas al otro lado de los canales con que las llamas ya casi concluian: en efecto, por este medio se consiguió salvar los ricos almacenes de la parroquia de Santa Catalina; pero todos los esfuerzos de la compañía de zapadores y carpinteros, apenas bastaron á aislar el mercado de carne, construido de madera y que toca muy de cerca al mercado de lúpulo á un lado de la iglesia de San Nicolas. Los edificios públicos, aunque mas retirados, pudiendo dar, á pesar de la gran prontitud de los trabajos de demolicion, un pávulo considerable al fuego, el senado no titubeó en dar la órden de que se sirvieran de la pólvora. En esta circunstancia, en que la experiencia local no ha ido muy bien, muchos ingenieros de la ciudad y extranjeros, se reunieron al pueblo para poner en ejecucion este sistema de destruccion. Este medio tuvo éxito y el fuego fué en fin, separado por la parte de Neustadt del lado de Attona. La caída de la torre de San Nicolas que trataron de salvar por todos los medios posibles, hizo saltar las llamas hasta un círculo mas estendido. La segunda noche, el senado se reunió bajo la presidencia de sus venerables gefes en el Hotel-de-Ville, que se encuentra, así como la antigua Lonja y la Banca, en el centro de la ciudad. El fuego amenazaba ya las calles vecinas, estrechas é industriosas, y la antigua Lonja y el mismo Hotel-de-Ville debian ser sacrificados á la salud de la mas rica parte de la ciudad, la que puede mirarse como el lugar de depósito general del comercio de todas las partes del mundo.

“No fué sino á costa de muchos esfuerzos el que se lograra salvar el depósito de hipotecas y la parte mas importante de los archivos. En fin, el senado fué obligado á arrancarse de un peligro inminente y á trasportarse á otro edificio situado en el nuevo Wall, perteneciente á la ciudad. El canal que une el Alster con el Elba, garantizaba hasta ci e

to punto este nuevo lugar del senado. Algunos minutos después de instalados allí los senadores, el Hotel-de-Ville se desplomó con gran estruendo, cubriendo con sus ruinas los edificios de la Banca, en la que reposa hoy principalmente el porvenir del comercio de Hamburgo. Sin embargo, el incendio no habia llegado aun á su último término; se esparció por todos los puntos del nuevo Wall y ganó bien pronto toda la línea de los hoteles y tiendas del paseo de Jungferstied y las habitaciones vecinas, llenas de riquezas y de objetos de arte, y no fué sino sacrificando estos objetos como pudo llegarse á garantir el nuevo Jungferstied, la esplanada y el teatro. Se esperaba aun salvar la torre de San Pedro que era la mas antigua de la ciudad; pero ya allí todos los esfuerzos del valor y ánimo mas grandes, y las medidas mas hábiles vinieron á estrellarse. La torre vaciló, y sus campanas movidas, comenzaron á tocar como para anunciar el momento de su destruccion. El fuego se abrió un nuevo paso por una nueva brecha. Felizmente las ventanas de un gran edificio nuevo y vecino consagrado al colegio, á la escuela y á la biblioteca de la ciudad, estando cerradas, impidieron á las llamas el penetrar: fué salvado y con él una gran parte de la ciudad habitada por una poblacion pobre. La direccion del viento, que soplaba de mas en mas fuerte, causó inquietudes por el arrabal Saint-Georges, donde se halla el hospital que contiene dos mil enfermos, entre los que se contaban un gran número de víctimas del incendio. El cuerpo de guardia que estaba en el Wall, ardia tambien. Sin embargo, con ayuda de las bombas que se trajeron de las ciudades circunvecinas y que obraban con una grande potencia, y gracias á la Providencia, el fuego llegó á su término.

“Nosotros debemos particularmente la conservacion del resto de nuestra ciudad, después de á la asistencia Divina, y á la dedicacion infatigable de nuestros ciudadanos, á los socorros voluntarios y generosos de la ciudad vecina, Attona,

ciudades de las fronteras de Hannover y Holstein y ciudad de Lubeck. Estamos llenos del mas vivo reconocimiento hácia nuestros vecinos, que han ofrecido un socorro y un abrigo á los refugiados de nuestra populosa ciudad. La inauguracion de nuestro camino de fierro, ha sido anunciada para el 7 de Mayo. Este camino pone en relacion á Hamburgo con Berlin, Magdebourg, Hannover, y por consiguiente con toda la Alemania. Entretanto, ha servido para facilitar la emigracion á Bergedorff: el ingeniero en gefe de esta empresa, dirigió la destruccion de muchas casas vecinas á la hornalla del incendio. ¡Puedan los esfuerzos de nuestros vecinos en el cumplimiento de este camino de fierro, rival del de Elba, abrir bien pronto nuevas fuentes de bienestar para todos los paises de la patria comun!

“Dejo á los periódicos los pormenores concernientes á la destruccion de los edificios públicos y de las casas particulares. Debo solamente decir que la nueva Lonja queda en pié como un feliz augur en medio de las ruinas. Es de sentir que las órdenes dadas por las autoridades para la destruccion de las casas situadas en los lugares en que el fuego no habia entrado, hayan dado lugar á sensibles desavenencias. Estas prudentes medidas dictadas por el mas noble deseo de hacer bien, fueron consideradas por el pueblo ciego como actos premeditados de barbárie. Una comision extraordinaria de vigilancia, compuesta de miembros del senado, acaba de ser disuelta. El príncipe Federico de Schleswig-Holstein, ha puesto hoy á la disposicion del senado, no solo su persona, sino todos los recursos de los dos principados de que es gobernador, y ha obviado á las mas urgentes necesidades, por medio de la formacion de comisiones de socorro. Las clases operarias no faltarán de trabajo, y nosotros nos confiamos en un dichoso porvenir. La economía sucederá á las costumbres del lujo, y la energía, despertada por la desgracia, sobrevivirá probablemente á

las crueles pérdidas que se esfuerzan en reparar por toda clase de medios.”

Mientras Hamburgo ardía, una noticia espantosa venia á estallar en Paris.

Mas de doscientas personas acababan de ser despachurradas, quemadas y molidas en el camino de fierro de Versailles á Paris.

El 8 de Mayo, un convoy directo, compuesto de quince wagoes y diligencias, trayendo á la cabeza dos remolcadores, el *Mathieu-Murray* y el *Relámpago*, se dirigia á Paris y atravesaba, á las cinco y media de la tarde, la estacion de Bellevue. Hacia apenas dos minutos que la habia pasado, cuando el eje de *Mathieu-Murray* se quebró repentinamente. El segundo remolcador que venia con toda su velocidad, se precipitó sobre el primero y arrastró con él tres ó cuatro wagoes que, aglomerándose los unos sobre los otros, se levantaron hasta la altura del primer piso de una casa.

El accidente por sí mismo era ya grave, pero una circunstancia lo volvió espantoso.

Las portezuelas estaban cerradas con llave, y era imposible á los desgraciados viajeros, encerrados en las cajas, el abrirlas.

Uno de los conductores habia desaparecido sin volverse á encontrar y el segundo estaba tirado casi sin conocimiento: no habia, pues, que esperar socorro ni del uno ni del otro.

A los gritos que arrojaban los viajeros y algunas personas que se hallaban en el camino, llegaron los guardas de la estacion precedidos por su gefe M. Martel. Este se apresuró á abrir las portezuelas del primer wagon, pero ya era muy tarde. Con una rapidez increíble el fuego de las dos máquinas habia ya ganado la materia combustible de los wagoes y era ya casi imposible el socorrer á los que en ellos estaban encerrados.

Figúrese un auto de fé de ciento cincuenta personas,

con sus alaridos, sus gestos desesperados y sus episodios de rabia insensata; á madres tratando de poner á sus hijos fuera de las llamas hasta que sus brazos quemándose los dejaban caer en medio de ellas: á un hijo arrojándose por tres veces consecutivas al fuego con rugidos de cólera, para salvar á su padre, y otras tres rechazando por un invencible dolor. Despues, desapareciendo bien pronto los pormenores, figúrense los seis wágones amontonados unos sobre otros, y no formando ya mas que un inmenso bracero, en medio del cual se agitaban brazos, cabezas y cuerpos, se inclinaban, se enderezaban y volvian á caer en todos sentidos queriendo escapar de este inevitable incendio.

Mientras que cien personas parecian fundirse como plomo en una hornalla, en medio de este inmenso bracero devorador como el cráter de un volcan, los otros wágones que no se habian quemado pero que sí habian sido molidos, rotos y dislocados por el sacudimiento, vomitaban sus heridos y sus muertos como harán los sepulcros en el dia del juicio final. Al cabo de un instante, ciento setenta y cinco heridos estaban tirados á los lados del camino, sobre colchones, paños y trapos de toda clase.

En el número de estos estaba Dumont Durville, el ilustre navegante, hecho despues almirante el 31 de Diciembre de 1840, y que, despues de haber hecho dos viajes alrededor del mundo, despues de haber escapado de los peligros de cuatro océanos, habia venido á morir allí miserablemente con su mujer y su hijo.

Cuando semejantes desgracias acontecen, venidas, por lo regular, como cometas, no son sino las precursoras de desgracias mas grandes aun.

El 13 de Julio á las cinco de la tarde, un gran grito retumbaba por toda la Francia.

“¡El duque de Orleans ha muerto!”

En efecto, el duque de Orleans acababa de matarse.

¿Cómo habia pasado esto? ¿de qué manera acababa de su-

ceder tan terrible desgracia? Era para no creerlo y no se creia á la verdad.

Fué necesario para que se hubiera creido, que al dia siguiente los diarios anunciaran oficialmente esta muerte.

He aquí los pormenores de la catástrofe.

El 13, á medio dia, el duque de Orleans debia marchar á Saint-Omer; sus equipages estaban ya en camino y sus oficiales le esperaban.

Los regimientos que esperaban al príncipe en Saint-Omer, despues de ser inspeccionados por él, debia marchar éste á reunirse á la duquesa de Orleans á las aguas de Plombiers.

A las nueve, el príncipe se sentaba á la mesa; despues de almorzar se cambiaba su vestido ordinario por un uniforme, y á las once montaba en coche para ir á despedirse á Neuilly del rey y de la reina.

El carruaje que conducia al príncipe era un cabriolé de cuatro ruedas, muy bajo, á especie de calesa; tiraban de él dos caballos, y lo conducia su cochero ordinario Daumont.

Coche y cochero eran los que de ordinario servian al príncipe en sus expediciones á los alrededores de Paris.

Iba solo en el cabriolé: sus ayudas de campo se habian ofrecido á acompañarle, pero él no habia querido.

Llegado que hubieron á la puerta Maillot, el caballo que montaba el postillon se espantó y comenzó á galopar. Bien pronto el postillon no fué ya dueño de los caballos y se vió forzado á dejarlos correr y tomar el camino de la Revolte.

El príncipe era muy vivo y se habia acostumbrado mucho á los ejercicios gimnásticos: muchas veces habia discutido con sus hermanos, y una de ellas delante de mí, lo que era mejor hacer en el caso de encontrarse en un carruaje cuyos caballos fuesen desbocados.

Su parecer era que se debia saltar.

Saltó.

Sus piés tocaron al suelo; pero la rapidez de la carrera

era tal, que apesar de la poca distancia que habia del estribo al suelo, no pudo quedar en pié, y dando una vuelta sobre sí mismo, cayó para atras y dió con la cabeza en el suelo.

La caída fué terrible. El príncipe quedó sin conocimiento en el mismo lugar en que habia caído.

A cien pasos de allí, el postillon ya pudo contener sus caballos, y despues, una vez dueño de ellos, se revolvió á ponerse á la disposicion del príncipe, á quien estaba muy lejos de creer herido ó muerto.

Le habian ya socorrido, y lo habian trasportado á la casa de un especiero que estaba en el camino á algunos pasos del lugar en que el príncipe habia caído.

El príncipe cayó enfrente de la casa núm. 13.

Se tendió al herido sobre una cama en una de las piezas del piso bajo.

Llegó un médico de los alrededores: era el doctor Baumy el que aplicó una sangria que quedó sin efecto.

Avisaron á la familia real. Pero cuando el rey, la reina y madama Adeleida llegaron junto al lecho del príncipe, no tan solo no habia vuelto en su conocimiento, sino que ni aun daba la menor señal de vida.

Sin embargo, la terrible noticia habia tomado alas de águila para ir á llamar á todas las puertas.

Pasquier, cirujano del príncipe, llegó de Paris, como tambien el duque de Aumale de Coubervoie y el duque de Montpensier de Vincennes.

Pasquier declaró que el estado del príncipe era de los mas graves, y que temia una congestion cerebral.

Era esto tanto mas probable cuanto que el príncipe no habia vuelto ni un instante en su conocimiento, y tan solo habia dejado escapar algunas palabras en aleman.

Sin embargo, la agonía se prolongaba, pero sin dar esperanzas al sabio doctor, que usaba, sin apartarse del príncipe, de todos los recursos de una curacion enérgica. La vida

se retiraba, pero á su pesar, y luchando palmo á palmo con la destruccion. En un momento, la respiracion pareció mas libre, el pulso se hizo sensible y todos los corazones volvieron á tener esperanza. Pero esta esperanza palideció bien pronto y á las cuatro de la tarde, el príncipe real estaba bajo la influencia de todos los síntomas de la agonía.

A las cuatro y media espiró.

¡Ay! ¡pobre príncipe! no habia muerto como deseaba sobre las riberas del Rhin ó del Danubio, sino como lo habia temido, sobre el suelo de una calle.

Y, cosa singular, en una calle que se llamaba la calle la Revolte. (1)

Por lo que á mi toca, su muerte fué un gran golpe, que acompañé de bastantes lágrimas, y profeta por el dolor, escribí aquellas palabras que en esa época parecieron á muchos una blasfemia y que ha confirmado el porvenir.

“Dios acaba de suprimir el solo obstáculo que existia entre la monarquía y la república.”

El duque de Orleans fué sepultado ocho dias despues en Eu, en el mausoleo de su familia.

El 26 de Julio, es decir, algunos dias apenas despues de esta triste ceremonia en que el padre conducia el duelo de su hijo, y el rey el de su dinastía, se abrió la sesion para votar la ley de regencia.

El 10 de Agosto, la nueva cámara electiva, despues de la verificacion de los poderes, se ocupó inmediatamente del negocio.

“Vos habeis perdido un hijo, señor, dijo al rey: la Francia ha perdido un reinado.”

El 9 de Agosto fué presentado el proyecto de ley: él apartaba de la regencia á la duquesa de Orleans, lo que fué

(1) *Revolta, sublevacion, levantamiento.*